

lexis

Vol. XXXIV (1) 2010

revista de lingüística y literatura

DEPARTAMENTO
DE HUMANIDADES



FONDO
EDITORIAL

UBILLUZ, Juan Carlos, HIBBETT, Alexandra y VICH, Víctor. *Contra el sueño de los justos. La literatura peruana ante la violencia política*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2009. 268 pp.

El libro que reseñamos a continuación reúne un conjunto de ocho ensayos sobre obras literarias en las que la representación de la violencia política ha sido central.¹ A ellos se suma un último ensayo en torno a la obra plástica ‘El juicio sumario’ del pintor Ángel Valdez, que, en opinión de los autores, constituye uno de los cuadros más importantes que la plástica peruana ha producido sobre la violencia (16). Se trata, pues, de un libro que deja notar un hilo temático común que articula al conjunto de los ensayos, a pesar de la diversa autoría de los textos que lo componen. Pero quizá lo más singular en él sean los diversos niveles de discusión a los que sus páginas nos confrontan y la recepción multidisciplinaria a la que puede dar lugar. Dentro de esta perspectiva, mi apreciación se concentrará en aquellos temas que es posible articular con algunos debates de la hermenéutica filosófica contemporánea.

Pues bien, un primer tema a destacar es la claridad con la que los autores, Ubilluz, Vich y Hibbett, se sitúan frente a la reflexión teórica que la literatura activa. Tal como ellos lo afirman en la introducción, si la literatura es percibida como un lugar central en el que se ha dado la discusión sobre el conflicto armado y la violencia política, la reflexión sobre ella debe interceptar una violencia que habita soterrada en la cultura y las instituciones del estado (10). Así

¹ Las obras literarias analizadas en los diversos ensayos son las que siguen: *Lituma en los andes* de Mario Vargas Llosa (1994), *La hora azul* de Alonso Cueto (2005), *Rosa Cuchillo* de Oscar Colchado (1997), *Candela quema luceros* de Félix Huamán Cabrera (1989), *Los ilegítimos* de Hildebrando Perez Huaranca (2004), *La palabra de los muertos o Ayacucho en la Hora Nona* de Marcial Molina Richter (1988), “Vísperas” y “La joven que subió al cielo” en *Con los ojos siempre abiertos* de Luis Nieto Degregori (1990), *Adiós Ayacucho* de Julio Ortega (1986), “La guerra del arcángel Gabriel” de Dante Castro en *Toda la Sangre. Antología de cuentos peruanos sobre la violencia política* de Gustavo Faverón (2006), y *Abril Rojo* de Santiago Roncagliolo (2006).

también, en el último ensayo del libro dedicado al cuadro de Ángel Valdez, ‘El juicio Sumario’, Ubilluz y Vich no dudan en afirmar que su objetivo ha sido el de hacer tambalear esas sedimentadas representaciones sobre el conflicto armado que le sirven al discurso oficial para esquivar la responsabilidad histórica de examinar los antagonismos sociales que condujeron al estallido de la subversión (266-267). Desde su perspectiva, la literatura y los medios de comunicación, en varios casos, habrían ayudado a consolidar dichas representaciones, contribuyendo de este modo con aquellos que las propagan y que pretenden dormir plácidamente “el sueño de los justos”, mientras la obscenidad del poder (las hoy descubiertas fosas de Putis, los hoy irrefutables hornos de Los Cabitos) acalla las demandas de la multitud segregada en el proyecto nacional (267). Frases tan contundentes no nos dejan, pues, ninguna duda del debate que este libro quiere promover y de la discusión a la que dará lugar, en particular en los medios literarios.

En el marco de esta reseña no voy a entrar propiamente en la polémica literaria, pero sí me gustaría llamar la atención sobre cómo la crítica literaria y cultural se presentan en este libro, afirmando una tarea prioritariamente ético-política y no meramente epistémica. En este sentido estoy persuadida de que la fuerza retórica de la primera parte del título, “Contra el sueño de los justos”, no es una frase que refiera meramente a una situación coyuntural. En otros términos, creo que también subyace a esta obra la intención de replantear la naturaleza de lo literario y de la crítica literaria y cultural como ciencia humana y social. Pues, si bien los autores hacen referencia a las herramientas de la actual teoría crítica, orientadas a desmontar una serie de construcciones discursivas que impiden la comprensión dinámica y compleja del fenómeno de la violencia política (15-16), es evidente, como diría la hermenéutica contemporánea, que todo este esfuerzo deconstructivo no está dirigido simplemente a constatar lo que somos, sino más fundamentalmente a orientar la acción colectiva y posibilitar la tarea moral de construir un futuro posible. Del mismo modo creo que debe entenderse la voluntad de los autores de recuperar en los textos analizados una dimensión utópica

que nos permita desviarnos del ‘único camino posible’ (proyecto neoliberal) pregonado por aquellos que pretenden dormir el “sueño de los justos” (268).

Dentro de esta misma perspectiva, los autores declaran en el libro que su interés por la representación de la violencia política en la literatura nace de la sorpresa ante la persistencia de ese *no querer saber lo que nos ocurrió*, expresado en la vergonzosa indiferencia con la que diversos sectores de la sociedad peruana tomaron el *Informe Final de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación*. Sin embargo, entre los diversos aspectos cuestionables que este hecho suscita y que los autores abordan en varios de los artículos, creo que este libro también nos muestra que en la indiferencia ante el *Informe* también queda desatendida la fuerza movilizadora que toda ciencia humana y social debiera desencadenar. Así, resulta paradójico que, habiendo tenido las ciencias humanas y sociales en el Perú una oportunidad sin igual de colaborar en la estructuración de una memoria colectiva, dicha tarea quedara también invisibilizada por el manto de la indiferencia que ha cubierto al *Informe*. En este sentido, creo que este libro reacciona ante esta doble indiferencia y también nos interpela con respecto a la compleja relación entre la producción científica académica y las demandas impostergables de la sociedad. Sin duda, a este respecto hay mucho por hacer y quizá la Academia todavía no ha hecho su mejor esfuerzo.²

Como segundo tema a destacar, también debe señalarse que en este libro no son pocos los artículos que nos invitan a repensar la idea de lo literario y del arte en general. Y es que en el análisis que se proponen los autores de ver cómo la literatura peruana se posiciona con relación al discurso oficial, ellos se confrontan recurrentemente con los temas de la *representación*, la *verdad*, el *lenguaje*, el *acontecimiento* y el *silencio del arte*, respondiendo, sin duda, a los retos no solo ético-políticos, sino también estéticos, que este nuevo siglo

² En torno a este punto, resulta destacable el pronunciamiento público de los docentes de la Sección de Lingüística de la PUCP sobre la violencia lingüística ejercida contra la congresista Hilaria Supa por el director de un diario local en abril del 2009.

demanda a la literatura y al arte en general. En este sentido, creo que el título *Contra el sueño de los justos* alude también a varios sueños más contra los cuales el libro se posiciona, como, por ejemplo, el sueño de la *pureza de lo estético* y del *arte por el arte*, claves de una estética moderna que precisamente opone el arte a la verdad y a la moral.

Así, Juan Carlos Ubilluz en el artículo “El fantasma de la nación cercada”, examina críticamente cómo desde el *Informe de Uchuraccay* hasta las novelas tanto de narradores criollos como de los andinos, a saber: *Lituma en los Andes*, *La hora azul*, *Rosa Cuchillo* y *Candela quema luceros*, se comparte la representación de que el proyecto moderno no ha alterado en nada el vínculo entre el hombre andino y su tradición cultural, a lo que se suma una tendencia a convertir el conflicto entre Sendero Luminoso y el Estado en el viejo conflicto entre la modernidad criolla y la tradición andina (20). En el marco de esta constatación, el autor se pregunta, entonces, si es posible criticar a Vargas Llosa, Cueto, Colchado y Huamán Cabrera el no haber *representado* de manera apropiada el mundo andino contemporáneo (63).

Esta es una pregunta compleja que el artículo pretende responder a luz de la polémica desatada por la película *Madeinusa*. No voy a referirme a toda la discusión, pero sí destacar algunos argumentos que llevan a Ubilluz a oponerse a una concepción de la *pureza de lo estético* en la que el arte se debe solamente al arte. Una posición que, como el autor sostiene, desde hace ya varias décadas ha sido puesta en cuestión por el postestructuralismo y también diría yo, de manera destacada, por la hermenéutica alemana del siglo XX.

Ahora bien, en el horizonte de las filosofías contemporáneas que han reivindicado el carácter *re-presentador* del arte y su arraigo en el *mundo de la vida* y el lenguaje, también en ellas ha habido un replanteamiento en el plano epistemológico de las nociones de *saber*, *representación*, *verdad* y *mundo objetivo* que no puede desatenderse. Incluso podemos encontrar autores que claramente abordan dichas problemáticas de manera articulada como es el caso del filósofo alemán H-G. Gadamer, quién no solo se propone repensar

los temas de la *verdad* y el *conocimiento* a la luz del cambio conceptual del siglo XX, sino que también recupera la pregunta por la verdad del arte. En este sentido, en su planteamiento, el arte aparece tanto con la capacidad de portar un sentido terapéutico frente a los reduccionismos a los que nos puede llevar la unilateralidad de la orientación moderna del mundo, como siendo asimismo capaz de encarnar una experiencia hermenéutica ejemplar para entender la articulación entre el ser, la comprensión y el lenguaje, tema nuclear de la reflexión hermenéutica.

Volviendo al texto de Ubilluz, cuyas ideas en parte vuelven a estar presentes en el sugerente artículo escrito con Alexandra Hibbett, “La verdad cruel de Dante Castro”, el autor afirma, con acierto, que cuando los puristas sostienen que el arte no tiene nada que ver con el mundo objetivo, en realidad esquivan el hecho de que el arte y el mundo objetivo habitan la misma esfera del lenguaje. Por ello, nos dice, quíéralo o no el arte incide, niega, cuestiona, suspende o valida la constitución de nuestro horizonte del lenguaje, que es al mismo tiempo el de nuestro mundo objetivo del lenguaje (65-66).

Puesto de otra manera, siguiendo la hermenéutica de Gadamer, el arte tiene la función de volver a *re-presentar* el mundo, en el sentido casi escénico de la palabra.³ Pero este *re-presentar* se realiza siempre en el *medio* del lenguaje. De este modo, el habitar en el lenguaje significa, entonces, como también lo afirma Godenzzi, que es dentro de él que interactuamos, comprendemos el mundo y donde creamos vínculos, pero también donde los podemos distorsionar y hacerlos fuente de división, violencia y destrucción (cf. Godenzzi 2005). En este sentido, si la verdad también es algo que solo acontece en medio del lenguaje, este, entonces, no es solo el lugar donde ella se *desoculta*, sino también el de su ocultación. Por ello, Ubilluz

³ La expresión “re-presentación” es la traducción al español de la palabra alemana *Darstellung* empleada por Gadamer para referirse al arte. Dicha traducción ha sido sugerida por la filósofa mexicana María Antonia González Valerio para diferenciarla de la palabra *Vorstellung*, de clara connotación conceptual y que comúnmente se traduce como ‘representación’. Lo mismo aplica para el uso verbal de la expresión (cf. González Valerio 2005).

nos advierte, siguiendo una impronta fenomenológica que va de Husserl a Derrida, pasando por Heidegger y Lacan, que si hay una verdad del arte esta debe entenderse en el sentido de que ella horada el saber aceptado, es lo que *desfamiliariza* y descompleta los sentidos instituidos (66-67), “lo que puede decirse a medias” (224) o, como diría la hermenéutica, ella es ante todo la indicación de que “las cosas pueden ser siempre de un modo diferente” (Gadamer 2001: 131). Así, desde esta concepción del arte y su verdad como *representación* en el lenguaje Ubilluz concluye que, tanto la película *Madeinusa* y las obras tratadas en su artículo “no son verdaderas” (67), porque en último término, a su juicio, ninguno de los textos horada el saber antropológico del *Informe de Uchuraccay* sostenido en el paradigma indigenista ni se separa del fantasma de la nación cercada (67).

Conclusión, sin duda, radical, de la que Ubilluz no deja de ser consciente y que justifica las dos últimas partes de su artículo, bajo los títulos “Y sin embargo” y “Madeinusa revisited”. Particularmente en la sección “Y sin embargo”, de la mano de Derrida, seguirá esclareciendo su posición con interesantes alusiones al hecho de que los límites del significado de un texto no están en el texto mismo, sino en el contexto, es decir, en el saber constituido de la época del cual participan o no los autores. En este sentido esto le permite afinar mejor su conclusión anterior, señalando que su intención no ha sido caer en el facilismo de criticar el significado de los textos de Vargas Llosa, Cueto, Colchado y Huamán Cabrera, sino más bien la de hacer visibles las coordenadas fantasmáticas y su correspondiente saber antropológico que fija el significado de sus textos. Es decir, si bien las obras analizadas son pasibles de otras lecturas novedosas, lo cuestionable en ellas habría sido no haber hecho lo suficiente para liberar sus textos del contexto afianzado por el *Informe de Uchuraccay* (72).

Las reflexiones precedentes, sin duda, se articulan plenamente con lo advertido por los tres autores en la introducción del libro, en el sentido de que la intención de su análisis no ha sido simplemente condenar a los narradores que reproducen el discurso oficial y

aplaudir a quiénes se separan de él, pues son claramente conscientes de que tal actitud podría fácilmente promover el ascenso de un nuevo discurso hegemónico. Su intención, afirman, ha sido más bien reivindicar el carácter contestatario de la literatura y sacar a la luz lo *irrepresentado*, lo silenciado por el horizonte de interpretación dominante en la situación postconflicto de la sociedad peruana.

En conexión con lo anterior, creo que los artículos de Víctor Vich “Violencia, culpa y repetición. *La hora azul* de Alonso Cuetto” y “La novela de la violencia ante las demandas del mercado: la transmutación religiosa de lo político en *Abril rojo*” son un buen ejemplo de cómo la crítica deconstructivista también abre camino a lo *irrepresentado* o, como lo afirma Ubilluz, se dirige a liberar un *goce-sentido* que se halla reprimido en el contexto (73). Así, por ejemplo, si en *La hora azul* Vich pone en evidencia la presencia de una narrativa de la *mea culpa* sobre la violencia política, a su juicio sin mayor contundencia social, también destaca en la novela la presencia gravitante de los temas de la voz y el poder, como asunto a seguir explorando para salir del *impasse* histórico al que la misma novela nos enfrenta. Del mismo modo, en su análisis de *Abril rojo*, pese a todas sus observaciones críticas, finalmente reconocerá la importancia que tiene esta novela para observar las dinámicas actuales del campo cultural posmoderno y la manera cómo se sitúa un sector de la cultura peruana en el medio de la globalización capitalista.

Aunque habrían mucho más que comentar, concluyo destacando algunos temas que espero los autores puedan seguir desarrollando en publicaciones posteriores, no solo por su relevancia para la crítica cultural, sino también para la discusión filosófica actual. En el contexto temático del libro, la introducción de la problemática del multiculturalismo me parece muy pertinente, pero creo que la perspectiva crítica ahí presentada ha sido solo indicada y merecería un mayor desarrollo. Asimismo, pienso que la temática de la violencia del discurso hegemónico, presente en la mayoría de los artículos, ganaría más si esta se articula con una crítica a los universalismos de la racionalidad moderna, y a la violencia y unilateralidad que les son inherentes. Ello, sin duda, le daría más contundencia a las

frases finales del texto en el sentido de que “un ingenuo no es quién piensa que se pueda cambiar el mundo. Un ingenuo es quién acepta la teleología liberal de que la Historia ha llegado a su fin” (268). Finalmente los temas del *silencio* en el arte y la *ironía* como estrategias para recuperar una voz subalterna, resultan por lo demás relevantes para confrontarnos también con los límites mismos de nuestro *habitar en el lenguaje*.

Dicho esto, podemos finalizar nuestro comentario señalando que este libro, además de ser un claro aporte para la crítica cultural y la historia literaria en el Perú, lo es también para una reflexión estética, que al reivindicar la verdad del arte contribuye a la recuperación de una dimensión utópica, que, como diría Gianni Vattimo, nos hemos resignado con excesiva premura a relegar.

Cecilia Monteagudo
Pontificia Universidad Católica del Perú

Bibliografía

- GADAMER, Hans-Georg
2001 *Estética y Hermenéutica*. Madrid: Tecnos.
- GODENZZI, Juan Carlos
2005 *En las redes del lenguaje. Cognición, Discurso y sociedad en los Andes*. Lima: Universidad del Pacífico.
- GONZÁLEZ VALERIO, María Antonia
2005 *El arte develado. Consideraciones estéticas sobre la hermenéutica de Gadamer*. Barcelona: Herder.